



SANTA MARTA MI SEGUNDA GUARNICION

Por el Coronel **GUILLERMO PLAZAS OLARTE**

Arribamos a Santa Marta con el actual Ministro de Defensa Nacional, General Abraham Varón Valencia, cuando él y yo éramos subtenientes de infantería, en el año de 1943.

Mis ojos acostumbrados al paisaje del altiplano de frías colinas, cebadales y niebla, se sorprendieron con la vista del mar que, en Santa Marta, forma una de las bahías más bellas de Suramérica.

Un día en tren, de Bogotá a Puerto Salgar; cinco entre Dorada y Barranquilla, en el "David Arango", barco de la "Naviera Colombiana" y una noche en vaporcito que nos dejó en Ciénaga, tal el itinerario para alcanzar la ardiente capital del Magdalena.

Pasajes en avión no se conseguían por falta de cupos y porque el presupuesto de la cartera de guerra no estaba tan boyante como para costear lujos aéreos de imberbes subtenientes.

Por fin pisamos tierra en la ciudad fundada el 29 de julio de 1525 por el exnotario don Rodrigo de Bastidas, garrido sevillano, conquistador probo, digno y humanitario.

Difícil fue la reducción de gairas, tagangas y dorsinos que oponían a los pechos de los caballos y al fuego de los tronantes, flechas envenenadas y afiladas hachas.

Cuenta la tradición que el 28 de julio de 1596, víspera de la fiesta de Nuestra Señora de Santa Marta, cuando vigilaba la ciudad el soldado Juan Pérez, al encender su pipa, disparó accidentalmente un cañón produciéndose la consiguiente alarma y una sucesión de descargas de mosquetería que pusieron en fuga a centenares de indígenas listos para el asalto. Macanas, arcos, dardos, fotutos y plumas, fueron abandonados por los nativos que se perdieron entre el monte. Milagro patente de la santa, parcial de chapetones, de criollos, de mestizos y de la ciudad que desde 1531 había sido favorecida con silla episcopal.

Por allí entró al Nuevo Reino de Granada la civilización que nos enviaba Europa; por sus tranquilas aguas arribaron expediciones que se internaron en busca de El Dorado; bordeando el morro, también llegaron corsarios, piratas, bucaneros y filibusteros, hordas vandálicas que incendiaban, mataban y se llevaban vasos sagrados, custodias, alhajas y dineros!

Conventos, iglesias, casonas con escudo de armas, portalones y balcones volados, fueron dando fisonomía a la urbe, en donde, años después, en 1761, recibiría órdenes sagradas fray José de Jesús María, en el mundo José Solís Fo'ch de Cardona, el mismo perso-



Coronel

GUILLERMO PLAZAS OLARTE

naje que antes de ceñir el cordón del seráfico Francisco, contempla en Santafé su propio entierro.

Durante el período de la emancipación, fue notoria la contribución samaria en sangre y elementos a la naciente república. Pero, qué mejor título para premiar su patriotismo que el de "ciudad hospitalaria" como la apellidó Rojas Garrido... por albergar en sus últimas horas a Bolívar en la quinta sombreada de tamarindos y palmeras...?

Mi primer oficialato de servicio lo pasé vigilando a San Pedro Alejandrino que con el campo de Boyacá y el Pantano de Vargas forman tríptico sacrosanto.

Allí contemplé, extasiado, el coche que condujo al Libertador moribundo hasta la hacienda de don Joaquín de Mier; un naranjo de la época que todavía da frutos; el cuarto en donde se apagó la vida del genio; el Altar de la Patria, hecho con mármol de Carrara.

En los tiempos que me dejaban los ejercicios militares devoré con efusión los pensamientos de quienes visitaban el recinto sagrado: las sublimes estrofas del Maestro Guillermo Valencia y las frases de oro del presidente Enrique Olaya Herrera y de tantos colombianos ilustres que con su pluma exaltaban al héroe. Y la no menos llamativa del antioqueño que, al quedar anclado por falta de dinero, no tuvo inconveniente en escribir:

¡Aquí se varó Bolívar!

¡Aquí me varé yo!

¡Aquí se vara hasta el diablo!

Qué importaban los rigores del servicio, gimnasia, trotes, idas a polígono en agosto y septiembre con temperaturas de treinta y cinco grados a la sombra, si en ocasiones el casino se llenaba de hermosas damas, de cumplidos caballeros, de ritmos y de flores...?

Qué, si a marchas forzadas nos llevaban a Tigrera, Masinga, Viravira, Tucurinca, Minca o Cincinatí, seguros como estábamos de que el agua del mar nos devolvía las fuerzas...? Cuando las mulas de la compañía de ametralladoras trepaban los riscos que por Pescadito bordean la bahía, contemplábamos el prodigio de la ensenada de Taganga con su pueblo de pescadores recostado sobre la arena, lleno de botes y chinchorros que muchas veces se rompían al peso de las sierras y róbalos.

A la fatiga de terrenos nocturnos, seguían esplendentes amaneceres en Concha, pequeño golfo de aguas pro-

fundas, impresionantemente quietas, apenas turbadas por alcatraces que se precipitaban en picada en busca de sustento. Las campañas a Ciénaga tenían, para unos, el encanto de los paisajes bananeros; para otros, la atracción de las gentes y, para todos, el halago de sus mojarras, sus mangos y sus huevos de iguana!

Muy cerca de la ciudad de la cumbia, el gran Uribe Uribe firmó con el general Florentino Manjarrés, el famoso tratado de Neerlandia que puso fin a la guerra de Los Mil Días.

El batallón de infantería Nº 5 "Córdoba" era prototipo de cuarteles viejos; muy central, escaso en área para que vivieran higiénicamente los cuatrocientos soldados que albergaba, pero con poderosas paredes de argamasa que desafiaban el paso de los días.

Cuántas veces, encaramados en la azotea de aquel'a fortaleza, sable y pistola al cinto, se llenaban los ojos de horizontes marinos y de cielos azules! Cuántos atardeceres y plenilunios de ensueño!

Por aquella época de 1943, Santa Marta padecía en su economía a causa de la segunda guerra mundial. Las exportaciones de banano estaban reducidas al mínimo; el abrigado puerto, huérfano de vapores, con excepción de balandras y lanchas que hacían el cabotaje. El ferrocarril, cubría itinerarios de rutina transportando pasajeros a Gaira, Ciénaga, Sevilla, Aracataca y Fundación.

La crisis se reflejaba en aquella urbe cuatro veces centenaria pero de

calles sin pavimento. Era evidente que tenía tren, pero no tenía tranvía!

Se vivía de mar, algo de la Sierra Nevada y mucho de añoranzas; de memorias de buenas horas cuando cargadores de banano bailaban cumbia quemando billetes de cien pesos; cuando el oro que producía el mercado de los verdes racimos, llenaba los bolsillos de obreros y patronos y las cajas de la United Fruit Company. Ahí quedaban, como prueba de esplendores no lejanos, el hospital de la frutera, el elegante barrio de empleados y comensarios. Y por los lados de La Castellana, ruinas de coreográficos en donde se malgastó salud y corrieron parejos la plata y el licor.

Al amanecer, escuchábase el pregón del carbonero, jinete en burro que recorría las calles de "Tumbacuatro", "Cangreja", "Cangrejälito", "La Cruz", "La Acequia" y "Santa Rita", ofreciendo el producto elaborado en Mamatoco con palos de trupillo. Las tagangueras de cinturas cimbreantes, a voz en cuello pregonaban: Lebranche, pez epá, curel fre-s-co. Otras repartían de casa en casa bollo limpio y bollo de yuca. A medio día, cuando el sol calcinaba los techos y ni una hoja de almendro se movía, un atractivo "comercial" nos sacaba del amodorramiento: Si hay pa'eta!

Pero aquella dura época de vacas flacas no aminoró el espíritu altivo ni el señorío de las familias, ni la alegría de aquel pueblo bueno que rendía culto a Terpsicore durante doce meses.

Ciudad religiosa, sin exageraciones, cuando las campanas de la basílica menor, las más sonoras que he escuchado, convidaban a misa del gallo o a recibir el año nuevo, las familias dejaban por escasos minutos las luces de colores que adornaban el nacimiento o las reuniones sociales para acudir a la cita con Dios.

La brisa de diciembre anunciaba carnaval. Qué de paseos a Bonda con derroche de maizena y cerveza "Nevada", o a Bureche en donde preparaban zancochos que ya alimentaban con el baho que soltaban las ollas.

Los ritos de Momo se iniciaban con la fiesta de San Agatón en el mes de febrero. Gentes de toda clase y condición se encapuchaban para concurrir a salones populares, al teatro "Variedades", a "La Morita" de Martín Ceballos. Alegres por atavismo de origen andaluz, durante cuatro días los samaritanos se olvidaban de este mundo y del otro. El ron caña rodaba por los gaznates de los menos pudientes y el whisky ponía fuego en los corazones de aristocráticas parejas en el club social, quizás el más exigente de la costa Caribe. Se bailaba en casas, en salones y calles. Por todas partes tambores, acordeones, clarinetes, maracas y guacharacas. La Radio Magdalena de José Manuel Conde y La Voz de Santa Marta de Julito Sánchez, botaban al aire cumbias, porros, puyas, paseos y merengues:

¡Esta puya está caliente!

¡Esta puya está pelá!

Una cruz de ceniza ponía punto final a tan jubilosas carnestolendas.

A partir de 1944, Santa Marta comenzó a transformarse; fueron construidos edificios, cuarteles, fábricas, barrios y muelles. Resurgió por un tiempo la industria bananera. Para su fortuna, la violencia no la tocó físicamente, excepción hecha de algunos retozos de policías gramaloteros. Un gobernador dinámico, de gran sentido práctico, el coronel Rafael Hernández Pardo, lanzó la idea de urbanizar a Gaira y construir hostería en Punta Betín. Hoy, el aeropuerto "Simón Bolívar", dista una hora en jet de las pistas de Eldorado en Bogotá. Una carretera pavimentada comunica la ciudad de Bastidas con la patria chica del general José Padilla, Riohacha. El turista, como Moisés, pasa por entre las aguas cuando de Ciénaga se dirige a Barranquilla.

La región sigue un ritmo constante de progreso: se multiplican los hoteles; de todas partes acuden gentes a visitar el acuario del capi Ospina Navia o los balnearios. El mar, que solamente se alborota por octubre (cordón de San Francisco), sigue constituyendo la mayor atracción. En la Sierra Nevada, el pico "Bolívar" es vigía perenne de nuestro litoral.

Desde estas yertas tierras de Tunja, en donde otro español, el capitán Gonzalo Suárez Rendón sentó sus reales, los "cachacos" saludamos con alborozo a la muy ilustre, muy noble y muy leal ciudad de don Rodrigo, "llave de oro" de Colombia!

Tunja, 27 de julio de 1975.